

La sociedad recompuesta

EN el centro cronológico de cada período presidencial de los Estados Unidos —dos años después de la elección de Presidente, dos años antes de la siguiente elección— se celebran en los Estados Unidos unas elecciones en las que se renueva la totalidad de la Cámara de Representantes, una tercera parte del Senado y un cierto número de puestos de gobernador. La intención legislativa es la de proveer una continuidad, un engranaje entre el presidencialismo y el parlamentarismo, de forma que la máquina del Estado no conozca grandes baches, grandes vacíos.

La semana pasada se produjeron estas elecciones y sus resultados no alteran fundamentalmente la estabilidad del país. Hay algunos votos más para el partido de la oposición, para los republicanos; pero esto se considera prácticamente como una constante en este tipo de elecciones del medio término de la legislatura: hay un desgaste del poder, hay un ascenso de la oposición. En este caso, después de las elecciones, el reparto queda establecido así: en el Senado (cien escaños en total) hay ahora 59 demócratas y 41 republicanos, lo que supone para éstos un avance de tres escaños, lo cual no altera la dosificación real del poder; en la Cámara de Representantes, 276 demócratas y 159 republicanos, lo que eleva la representación republicana en 12 sobre la composición anterior, y es también insignificante. Hay ahora 32 gobernadores demócratas y 18 republicanos: los republicanos ganan seis puestos. Todas estas ganancias son moderadas y no tienen ningún significado. Como todas las elecciones del mundo, son ahora explotadas por cada partido como un éxito: por los republicanos, indicando sus ganancias reales y tomándolas como señal de lo que serán las elecciones presidenciales futuras; por los demócratas, como una señal de "consenso" —según frase del propio Carter— de su política y de los hombres del partido.

Tampoco hay que tomar demasiado en consideración el escaso número de votantes, aunque sea un record histórico: sólo ha votado el 37 por 100 del cen-

so, y no se conocía cifra tan baja en unas elecciones desde hace más de treinta años. Hay, por una parte, esta tendencia mundial al abstencionismo electoral, que se está reflejando en todas las democracias, que algunos observadores toman como principio de una decadencia del régimen democrático —el "desencanto" al ver que gane quien gane no hay cambios ostensibles en la vida cotidiana de cada ciudadano— y otros, por el contrario, como una prueba de estabilidad democrática: los ciudadanos consideran que el régimen "rueda solo" y se abstiene de votar. Posición esta última aberrante si se considera que son los votos los que hacen la democracia. Por otra parte, en el caso peculiar de los Estados Unidos, las elecciones de medio término no han creado nunca grandes tensiones. Las que importan son las presidenciales y en ellas juega más que el interés por cada uno de los partidos, que juntos representan un cierto *establishment* difícil de variar, la personalidad del Presidente, que tiene en sus manos, por las características constitucionales, las claves del poder.

Por esta razón no parecen válidos los cálculos republicanos —aunque se justifiquen por las necesidades propagandísticas— de que los resultados son un indicio de que el país está cambiando y que de aquí a dos años habrá cambiado tanto que Carter será derrotado por un candidato republicano. La realidad es que el país ha cambiado poco y que Carter tiene ahora un regreso de popularidad gracias al tinguado de Camp David, con su Premio Nobel en medio, que ha sido abundantemente explotado, y por haberles quitado a los republicanos el tema de la reducción de impuestos. Esta sensibilidad por lo coyuntural es típica en los Estados Unidos y quiere decir que en las próximas elecciones influirán, más que la carrera de Carter y la política de los demócratas, los últimos acontecimientos que se hayan producido. Si son beneficiosos o considerados como tales, Carter tiene asegurada la reelección. Si no lo fuesen, tendría alguna dificultad mayor, aunque siempre juega la ley de que el Presidente



La realidad es que el país ha cambiado poco y que Carter tiene ahora un regreso de popularidad.

en ejercicio tiene todas las ventajas de su parte cuando se presenta a la única reelección que le concede la Constitución. Aunque en estos últimos tiempos haya habido algunas excepciones.

Todo parece indicar que los Estados Unidos se han recuperado de las grandes tormentas de los últimos años que desmigajaron su sociedad: el asesinato de Kennedy, la guerra del Vietnam, la impotencia frente al régimen de Fidel Castro en Cuba, las revueltas de estudiantes y sus enfrentamientos sangrientos con la Guardia Nacional, la irrupción de la "nueva izquierda", los enfrentamientos raciales y, finalmente, el escándalo del Watergate, que envolvió en el oprobio al Presidente Nixon después de haber sido despenado por corrupción el vicepresidente Agnew. La crisis de sociedad que parecía que iba a arrastrar al Imperio en sí mismo, en medio de una gran descomposición, se ha ido soldando. El final de la guerra del Vietnam fue decisivo para ello, y con ese final, el principio de recuperación de un nivel de vida que estaba empezando a perderse. Con esa estabilidad económica se acabaron los grandes movimientos de conciencia, que dejaron de mover a quienes comenzaban a instalarse cómodamente. La campaña de los derechos humanos lanzada por Carter, pese a toda su incongruencia y a la irrealidad de los resultados obtenidos en el mundo, ha sido el pretexto para que

muchos contestatarios americanos puedan arreglar su conciencia y recuperar su fe en que su país es una gran democracia exportadora de democracias. Es indudable que esta estabilidad, que es un conformismo, ha hecho perder vitalidad interior al país y anulado grandes fuerzas de renovación. Algunas esperanzas serias se han perdido en esta vuelta al orden.

Las elecciones de la semana pasada son una consecuencia de esta estabilidad recuperada, de esta sociedad recompuesta. Las ganancias republicanas son la clásica advertencia, la clásica reacción a dos años de poder, pero no significan nada más.

El Presidente Carter puede seguir gobernando tranquilamente con arreglo a los designios de los grandes poderes que le sostienen. Si sigue en esta línea y no se precipitan acontecimientos graves en el mundo y en el país, si a Carter no se le va de las manos el control de la inflación, la cuestión de la energía, la reducción de impuestos y el alza del nivel de vida; si contiene las izquierdas europeas como ha sabido hacerlo hasta ahora y continúa su campaña de democracias controladas en Latinoamérica, y continúa apremiando a la URSS mientras en China el régimen se vuelve hacia la derecha y el occidentalismo, su sociedad aparecerá recompuesta, con una perspectiva de imperio largo, y le votará fácilmente en las elecciones de 1980. ■ JUAN ALDEBARAN.